

Alemania y España

por Sebastián Salazar Bondy

En Nüremberg debe situarse la iniciación del Renacimiento germano, movimiento renovador que tuvo que arrancar de lo hondo el arraigo gótico de Alemania. Y es Durero, cuya principal actividad es el grabado, la primera gran figura de tal transformación artística. No obstante su éxito en esa rama de las artes plásticas, también triunfa en la pintura, para lograr la cual se hace seguidor de los italianos. Está situado, como los demás artistas teutones de esta época, en el paso del siglo XV al XVI. Casi paralelo a él se encuentra Holbein, grabador también, cuyo buril tiene una gracia distinta a la de Durero, pero no menos suave y poética. Lucas Cranach representa, en cambio, la pasión, el ímpetu que se inflama atizado por la realidad palpitante. En esta serie es muy importante la obra del misterioso Grünewald, quien llega a extremos furiosos y paroxísmicos en su deseo de interpretar la vida y la muerte con un propósito religioso. La Crucifixión de Tsenheim se señala como la manifestación más transida de naturalismo místico de este artista de dudosa identidad. El soplo florentino, itálico en general, arriba a Alemania pleno de frescor y pureza, y ahí se convierte en reconcentrado ahondamiento moral, en trasunto del nato romanticismo germánico.

Aunque considerado holandés, Jerónimo Bosch, o Bosco, es una derivación de este expresionismo alemán. Más amado en España que en otra latitud de Europa, este extraño pintor, visionario y fantástico hasta un extremo que podríamos llamar "moderno", produce imágenes infernales, monstruos oníricos, frenesís demenciales. Es por esta incitación —y no por las tímidas aunque interesantes escuelas de Valencia, Sevilla, Aragón o Cataluña— que el Renacimiento adviene tardío más intenso en la península ibérica. En el siglo XV sobresalen los españoles Luis Morales "El Divino", Juan Fernández "El Mudo" y otros, los cuales no están todavía en la línea originalísima que, más adelante, va a florecer en las artes plásticas hispanas. En el Bosco, por el contrario, se puede hallar una materia prima que va a prender bien en el temperamento español: la admiración real hacia el atormentado creador de la mitología satánica no es casual, pues mucho de lo que serán "El Greco", Velásquez o Zurbarán está inmerso como germen en la obra de este holandés a quien puede admirarse en las colecciones de

Madrid mejor que en ningún otro lugar.

En la arquitectura renacentista no es posible dejar de mencionar al español Juan de Herrera (creador de El Escorial de Felipe II) tanto por lo que representa en sí (gravedad, hondura, fuerza, todo ello dentro de una grandeza sin retórica) cuanto por la influencia que su escuela tendrá en América (la catedral del Cuzco posee un claro aire herreriano) a la llegada de los conquistadores. En el siglo XVI es Herrera el arquitecto europeo más personal y colmado de inspiración, pues supo lograr el edificio que mejor se adecuaba al paisaje físico e histórico de su patria, Castilla.